

El mapa no es el territorio. **Daniel G. Andújar**

La concepción que la humanidad tiene de su entorno, y su relación con el, determina toda su actividad, pero dicha concepción ha sido completamente distinta según la época y la interpretación cultural que se hace de la misma. Seguramente fue Ptolomeo (siglo II) quién, recogiendo todos los conocimientos de sus predecesores, presentó el primer panorama completo del progreso cartográfico logrado hasta su tiempo e inició la oportunidad de conocer el mundo por medio de mapas con su obra *Geographia*, que describe el mundo de su época. También escribió una de las más antiguas teorías que elaboró el hombre en relación a su ubicación en el universo, la teoría geocéntrica, plasmada en papiros en su obra *Almagesto*. Producto de la influencia religiosa de la época y de las primitivas observaciones astronómicas, la teoría geocéntrica ubica nuestro planeta como centro del universo, es decir que coloca la Tierra en el centro del universo, y los astros, incluido el Sol, girando alrededor de la Tierra. Sus teorías tuvieron gran éxito e influencia durante catorce siglos, hasta el siglo XVI, a pesar de contener graves errores. El mapa no es el territorio, el conocimiento que tenemos del mundo está limitado por la estructura del lenguaje.

Gran parte de la actividad humana está relacionada de una u otra forma con la cartografía, siguiendo el firme propósito de la humanidad de guiarse, interpretar y conocer su mundo. Los mapas son el reflejo de esa inquietud y han constituido siempre una importantísima fuente de información y una herramienta fundamental para entender nuestra posición en el mundo. Su cualidad visual es fundamental y de ahí que se derive que la cuestión esencial en la elaboración de un mapa es que la expresión gráfica debe ser clara y su ejecución precisa. Algo que no siempre se interpreta en los mismos términos. Aquí precisión suele atribuirse al nivel de determinación, exactitud y concisión técnica, científica o matemática, pero también ha de aludir a concisión y exactitud rigurosa en el lenguaje el estilo y cualidad de objetivo. En un mapa tan importante puede ser lo representado, como lo que no sale en el mapa, lo desusado y extraordinario. El mapa es un documento que tiene que ser entendido según los propósitos que intervinieron en su representación, aunque estos no siempre son visibles, todo mapa tiene un orden jerárquico de valores que lo convierten en una herramienta tan subjetiva como necesaria. Como forma visual del saber está condicionada por la propia estructura de su lenguaje.

La cartografía moderna eclosionó en el siglo XVI para convertirse en una herramienta fundamental y estratégica de gobernantes y poderosos. Los grandes recorridos de portugueses y españoles por las costas de África, y posteriormente por el continente americano, permitieron elaborar mapas que iban incorporando la creciente información que aportaban navegantes y exploradores. En una época en la que la técnica comenzaba a domesticar el contexto físico que habitamos. Gerhard Kremer (Gerhardus Mercator) que realizó trabajos para el emperador Carlos V o Abraham Ortelius nombrado geógrafo de Felipe II, eminentes cartógrafos y matemáticos, sentaron la base de toda la iconografía y los sistemas de representación simbólica en materia geográfica que ha prevalecido hasta nuestros días. Amberes fue el centro de la cartografía en la segunda mitad del siglo XVI, cuando la ciudad era el principal puerto del imperio español con acceso al Mar del Norte. Con el declive del imperio español durante el reinado de Felipe III, y la política ejercida por los gobernadores españoles sobre los flamencos protestantes, gran parte de éstos dejaron los Países Bajos españoles (la actual Bélgica) y pasaron a trabajar en los Países Bajos rebeldes, determinando así que en la primera mitad del siglo XVII fuese Ámsterdam la principal fuente de cartografía moderna, luego el impulso pasaría a Francia, hasta mediados del siglo XVIII, y de allí en adelante a Gran Bretaña, así como a los Estados Unidos a partir del siglo XIX.

En otro orden de cosas podemos ver cómo de forma paralela a la cartografía oficial, de carácter eminentemente geoestratégica y con una base técnico científica, aparecen

modelos de representación cartográfica seguramente más subjetivas a priori, como las que recogen hoy las colecciones de las Reales Chancillerías. Ahí se incluyen mapas, planos y dibujos de los siglos XVI al XX elaborados por prestigiosos artistas de la época, documentos figurativos de representación del territorio que se incluían en los procesos judiciales y en los expedientes gubernativos promovidos por la Reales Audiencias y Chancillerías. Estos documentos constituyen una fase del procedimiento judicial como prueba pericial que se incorporaba al pleito, suponiendo un importante elemento de valor y de referencia para la actuación de los jueces. Pero además suponen un modelo de representación del territorio diferente al resto.

Pero volvamos aquí al cartógrafo alemán Mercator, quién fuera encarcelado y acusado de herejía por la justicia del emperador, teniendo que huir como otros protestantes holandeses perseguidos. En 1569 creó un mapamundi que llegó a ser el estándar clásico de la percepción geográfica del mundo hasta nuestros días. Mercator utilizó como criterio de construcción de su famoso mapa la fidelidad absoluta de los ángulos. Pero el precio de esta decisión fue alto: tuvo que aceptar distorsiones grandes en la forma y en la superficie de países y continentes. Su proyección, en un primer momento, fue rechazada unánimemente, sin embargo, treinta años después de su muerte, su mapa había conquistado el mundo y permanece intacto en nuestro consciente. En el proceso de creación de la proyección Mercator se plantea un dilema, todavía no resuelto, técnico y metodológico que origina una toma de decisiones subjetiva. Al proyectar la superficie de un cuerpo redondo sobre un plano, debido a que es imposible conservar todas las propiedades originales del objeto, se aceptan criterios de proyección desiguales, y por tanto se toman decisiones subjetivas a la hora de definir la proyección. En la proyección de Mercator, los ángulos se conservan, pero según nos alejamos del Ecuador las distancias se van distorsionando de manera progresiva por la curvatura de la tierra, se destacan y amplían las zonas cercanas a los polos agrandando visualmente Europa. Sudamérica se representa en realidad nueve veces mayor que Groenlandia, aunque en esta proyección parecen casi iguales. La línea ecuatorial no pasa por el centro, sino que deja dos tercios para el Norte y un tercio para el Sur, produciéndose diferentes distorsiones. Europa parece mayor que Sudamérica, que posee casi el doble de superficie. Escandinavia parece mayor que la India, que es el triple. Groenlandia parece mayor que China, casi cinco veces más extensa. La antigua U.R.S.S parece casi dos veces mayor que África, cuyo tamaño es casi un tercio más grande.

La historia de la cartografía abarca desde los primeros trazos en la arena o nieve, hasta modernas técnicas de interpretación, como las usadas en la exploración del planeta Marte como hemos visto estos días, y donde intervienen desde la fotointerpretación, fotogrametría o infografía, hasta técnicas geodésicas. Pero desde la antigüedad hasta nuestros días, todo mapa ha de incluir una síntesis de conjunto al igual que un detalle analítico que permita una lectura más profunda, vamos, como cualquier obra de arte. Y es que cuando hablamos de interpretación hablamos también de actitudes, posturas o enfoques intelectuales, económicos, políticos, historiográficos y de evolución social y cultural que no siempre tenemos en cuenta y que funcionan como elementos de transmisión de significado muy evidentes. Vamos, que un mapa no es algo neutro, objetivo, ni estético y mucho menos tiene que ver con las exigencias de precisión y objetividad propias de la metodología científica.

Pero ello diríamos que el mayor dilema al que se enfrentó el científico Mercator, no es un dilema sólo de índole matemática. Su decisión más trascendente fue la de privilegiar en su representación plana los criterios de proyección de los elementos "más importantes" a destacar y que dan origen a una iconografía de marcado carácter ideológico que todavía persiste. Sin duda, el *eurocentrismo* comienza en los mapas (con esos mapas) ya que expresan de forma inmediata una actitud, postura, enfoque intelectual, y manipulación historiográfica según la cual los valores culturales y sociales de Europa Occidental constituyen patrones o modelos universales.

Mercator sigue considerándose como uno de los mayores cartógrafos y matemáticos de la época, pero no fue consciente del poder de representación simbólica del conjunto de imágenes que fue creando y la transcendencia, influencia y capacidad de distorsión en el imaginario que estas eran capaces de imponer. Pretendiendo resolver un problema técnico, acabó creando un sistema de representación simbólico de enorme influencia en el imaginario colectivo de millones de personas y que ha resistido durante cinco siglos.

En ocasiones, el capital simbólico expresado por las estructuras producidas por el ingenio humano excede la capacidad funcional por la que fue creada la estructura. La Historia está llena de ejemplos.

Durante siglos nuestra percepción de la geografía del planeta, la percepción sobre nuestra realidad física más inmediata, venía mediada por un atlas que constituía una síntesis de la realidad física, social y económica de nuestro territorio. Y durante esos, casi 500, años creímos y estudiamos que toda aquella información geográfica, necesaria para una adecuada toma de decisiones, era un compendio del conocimiento sobre el territorio, sobre las modificaciones que la actividad humana ha producido en él y sobre las relaciones entre la inteligencia, la voluntad y la naturaleza. Ortelius publicó en 1570 su *Theatrum Orbis Terrarum*, el primer atlas moderno, una obra considerada como el primer éxito comercial inmediato dentro de su tipo. Este atlas tuvo un gran éxito, fue editado en diversos idiomas, y no paró de actualizarse y mejorarse hasta 1612. Una colección sistemática de mapas de diversa índole que contiene una capitulación de distintos temas de conocimiento como la geografía física, la situación socioeconómica, religiosa y política de un territorio concreto. Actualmente se sigue usando la clasificación y estructura de aquellos dibujos que situaban a Francia, Reino Unido, España y Portugal (los antiguos imperios occidentales desde el siglo XV) en el centro de la composición. Algo que se ha aceptado generalmente como una exposición rigurosa y objetiva, que describía con criterio científico el relieve, el clima, las ciudades y sus habitantes, y la distribución de los recursos; en definitiva como un espejo del planeta. Un falso espejo que amalgama datos falsos y verdaderos, mezclados desde siglos, formando un laberinto necesitado de una revisión total.

Durante siglos nuestra percepción de la geografía del planeta, la percepción sobre nuestra realidad física más inmediata, venía mediada por una colección de mapas de diversa índole que constituían una síntesis de la realidad física, social y económica de nuestro territorio. De pronto, a principios del 2005 aparece una nueva herramienta comercial, Google Maps, un servidor de aplicaciones de mapas en la Web que ofrece imágenes de mapas desplazables, así como fotos satelitales del mundo. Su lanzamiento supuso un punto de inflexión, al permitir acceder de manera gratuita a cartografía con un nivel de detalles que hasta entonces solo estaba a disposición de los expertos. A partir de entonces aquella localización que era realmente importante para el usuario podía estar en el centro del mapa y este contener lo que realmente le interesaba, transformando la forma de ver el mundo. Esta herramienta de uso doméstico, pronto se popularizará y revolucionará nuestra percepción de la geografía de nuestro planeta.

Desde ese momento nuevas generaciones comienzan, desde sus pupitres, a experimentar una nueva relación y una nueva percepción del planeta que habitan. Su percepción de la ubicación de países y poblaciones será muy diferente a la de generaciones educadas con antiguos Atlas. Aprenderán a describir el planeta no desde posiciones preestablecidas, sino desde la exacta posición en la que se encuentran, vamos desde su propio ombligo. Como un juego más del vasto entramado, hiperrealista y digital, esta herramienta muestra la visión de un ojo que mira de forma cenital un planeta que lejos de mostrarse como centro del universo aparece empequeñecido y manejable en su representación. Un suave vuelo desplaza la mirada hacia la dirección exacta donde viven los compañeros de clase y de un solo vistazo

mostrará más datos sobre la geografía física del lugar en concreto, la situación socioeconómica, cultural y puede que política de la que nunca tuvo ninguna generación anterior en su etapa escolar sobre sus compañeros de clase. Mostrará detalles fotográficos del barrio, dimensiones de la casa, si se trata de una chabola de un barrio marginal en un suburbio o una lujosa mansión con varios coches aparcados frente a la misma, si tiene piscina o no, si vive en el Norte o en el Sur. En definitiva, una pequeña aplicación, que a penas ocupa memoria en el teléfono de bolsillo, progresivamente, parece romper el status quo creado por el propio sistema de relaciones sociales escolares e incluso llegará a poner en cuestión la propia estructura del colegio y el mismísimo sistema educativo vigente hasta el momento.

La introducción de nuevas tecnologías en el ámbito cotidiano, la irrupción de Internet y otros sistemas de comunicación, el uso extensivo de la informática y la electrónica en la sociedad contemporánea, la influencia de las tecnologías de información y comunicación (TIC) y las consecuencias de la globalización están teniendo un indudable efecto transformador en la sociedad contemporánea en la medida en que están desmantelando viejos modos de pensar y alterando los sistemas precedentes de relacionarnos con nuestro entorno.

Nuevas generaciones se están educando utilizando estructuras y herramientas que les capacitan para hacer las cosas de forma diferente. Su visión, de un mundo inmerso en un proceso de digitalización que esta transfiriendo gran parte del legado visual desde su formato físico formal, será diferente a la que nosotros tenemos. Toda esta información está siendo depositada en contenedores que se sitúan en un nuevo plano cercano al espacio público, dotado de gran visibilidad y accesibilidad. Pero que abre numerosas incógnitas en cuanto a la capacidad para manejarse en ese flujo constante de información. Esta circunstancia genera un nuevo panorama visual saturado, barroco, ruidoso, creando un nuevo paisaje que modificará las relaciones con nuestro imaginario. Podemos generar y consumir contenidos muy rápidamente, pero también modificarlos y recuperarlos con la misma celeridad desde un gigantesco archivo en continua elaboración y revisión. Difícil de abarcar.

Los asistentes a la escuela predigital, intentamos adaptarnos. Estamos, sin duda, ante una reformulación de los procesos de producción, transmisión y apropiación de los bienes simbólicos que nos hace replantearnos los modelos de construcción de subjetividad y organización social. Los modelos están en continua definición, afortunadamente las actuales transformaciones han generado un nuevo marco de actuación en medio del cual se desenvuelven tanto situaciones previas como nuevos escenarios. Estas transformaciones están poniendo en crisis los modelos de distribución y gestión cultural dominante. El espacio digital no ha surgido simplemente como un medio que permite la comunicación, también ha surgido como un nuevo teatro para todo tipo de operaciones. Y éste es, claramente, un espacio disputado cuyos intereses ven amenazado viejas jerarquías.

El territorio es el mapa

No experimentamos el mundo directamente, sino por medio de un imaginario, que configuramos a base de mapas mentales con los que intentamos interpretar la realidad.

En cierto sentido, la antigua materialidad del espacio se va fundiendo en una nueva noción de espacio ampliado con nuevas formas, funciones y significados sociales. Cada uno de estos aspectos y de las construcciones de nuestro espacio físico formal están siendo transferidos, están sufriendo un proceso de digitalización, hacia un nuevo concepto de espacio público ampliado. Toda esta información digital está siendo depositada en contenedores situados en un nuevo plano cercano a ese nuevo espacio público, dotado de gran visibilidad y accesibilidad. Si cogemos como ejemplo nuestro legado visual se hace palpable ese proceso inconcluso de transferencia y

digitalización. Estamos todavía en un estadio muy primigenio del procesado de datos, pero podemos apreciar que se ha generado un nuevo panorama visual mucho más complejo que está conformando un nuevo paisaje que modifica nuestro imaginario.

El propio espacio público como expresión de la sociedad está sufriendo un proceso de transformación estructural al pasar a organizarse y expresarse a través de una serie de nodos conectados entre sí. Entendemos aquí un nodo como una doble concepción de espacio físico o digital en el que confluyen parte de las conexiones de otros espacios físicos o digitales que comparten sus mismas características y que a su vez también son nodos. Estos nodos se interrelacionan de una manera no jerárquica y forman una tupida y compleja red donde lugares, personas y cosas interactúan, establecen relaciones y se comunican simultaneando las acciones de emisión y recepción. Estas redes organizadas siguiendo una estructura poco jerarquizada donde es complejo identificar el centro y la periferia, ya que cada nodo, por definición técnica, tiene cualidades para emitir y recibir de forma simultánea. También es difícil guiarse tratando de diferenciar el Norte del Sur, el vigilante del vigilado, arriba de abajo, el aquí del allí, lo lejano de lo cercano. Las estructuras sociales y espaciales previas están ampliándose o migrando hacia un espacio informacional que puede ser difícil de identificar desde una metáfora de lo físico. Nuevas tecnologías de información y comunicación están transformando las prácticas sociales que a su vez transforman nuestra vieja noción de espacio. Devolviendo al ciudadano la capacidad de participación en redes distribuidas de difícil control político y combinando, en cierta forma (y mediante diferentes tecnologías), los aspectos deliberativos y participativos aparentemente incompatibles con modelos previos.

La esfera pública es el lugar de participación racional desde el que se determina el orden social, así lo entendía Habermas, aunque seguramente no imaginaba que esa misma esfera se desmaterializaría, o más bien se ampliaría como consecuencia de un proceso de diseminación de lo físico, como tal, combinado con un proceso de transferencia de sus aspectos formales en un registro electrónico o digital. Estamos ante un proceso histórico de digitalización que pone a prueba nuestra capacidad para gestionar todos y cada uno de los aspectos de nuestra cotidianidad. Pasamos de un modelo que implicaba manejar una cantidad asumible de información, la búsqueda y la gestión de la misma asociada a un recurso físico y de concreción, a un nuevo modelo que nos sitúa en el centro de un caos informacional, una especie de archivo infinito sin orden ni sentido aparente, donde el recurso principal son datos, documentos, unos y ceros almacenados en una memoria latente, difícil de abarcar.

La lógica de la infraestructura reticular, de múltiples conexiones nodales simétricas que permiten la conexión de individuos y procesos colectivos de herramientas como Internet, choca con la lógica de las estructuras urbanas que se está organizando a través de una red fragmentada de superestructuras urbanas dispersas. La población del planeta está migrando de la periferia al centro, del campo a la ciudad, del espacio rural al urbano, en un proceso de concentración humana sin precedentes. En América Latina a principios del siglo XX tenían alrededor de un 10 por ciento de su población en las ciudades y ahora mismo más del 70 por ciento de su población se ha acercado a las nuevas aglomeraciones urbanas de todo el continente, el mismo fenómeno se replica en Asia y en África.

Las profecías de los noventa sobre conectividad e internet versus fin de la ciudad, lejos de cumplirse muestran una realidad muy distinta en la que pronto podremos apreciar que dos tercios de los habitantes de este planeta pasarán a ser población urbana. La población tiende a asentarse en espacios urbanos cada vez más grandes. Tenemos, incluso, dificultades para definir esos espacios, me temo que la denominación de ciudad o metrópolis, que hemos estado utilizando hasta ahora, comienza a quedarse escasa. ¿Cómo definir fenómenos como el de Tokio, Seoul, Mexico DF, etcétera? Lo cierto es que la concentración territorial y localizada de

población y actividad humana choca con una infraestructura informacional construida en torno a redes diseñadas para interactuar de forma descentralizada y organizada desde múltiples nodos independientes entre si.

El desarrollo vertiginoso del fenómeno de la aglomeración urbana nos plantea numerosas cuestiones. Hemos pasado de vivir en sociedades dispersas con miles de comunidades diseminadas con un fuerte arraigo de lo local, la cultura homogénea, lo tradicional y la aceptación del estado nación, a una trama perfectamente conectada de selectas concentraciones urbanas como parte de una red transnacional y que disfruta de una oferta simbólica heterogénea. El cambio social es evidente y no sólo es atribuible a las transformaciones culturales generadas por las tecnologías de información y comunicación, también a los efectos de cambio en la producción y la circulación simbólica. La serialización y estandarización, el anonimato en los procesos de producción y distribución, la reestructuración de los sistemas de comunicación y su inmaterialidad, la modificación de las relaciones entre lo público y lo privado y entre las jerarquías de dominación.

En cualquier caso la economía y la sociedad postcapitalista se está organizando en torno a estos núcleos poblacionales fragmentados en diferentes zonas urbanas del planeta. El viejo sistema del capitalismo industrializado ha dado paso a un nuevo proceso de postcapitalismo informacional. La distribución espacial de los usuarios de tecnologías de información y comunicación está creando una nueva forma de espacio con nuevas condiciones para la producción y por tanto una nueva economía, más selectiva con densas concentraciones que determinan un nuevo concepto de geografía.

Nueva cartografía, nuevos territorios

Las estructuras que creamos condicionan nuestra percepción de la realidad.

El bombardeo constante de documentos, datos, informaciones inconexas, imágenes, y sonidos nos sumerge en un flujo constante, en un caos informacional que conforma una nueva realidad por la que es importante saber no sólo navegar sino también llegar a buen puerto. Los puertos de abren en las puertas traseras de miles de millones de dispositivos informáticos y de comunicación que conectan un flujo constante de información generado y controlado desde múltiples localizaciones. Jamás en la historia de este planeta tanta gente, por sí misma, ha tenido la posibilidad de acceso a tanta información. Rebuscamos con un artilugio de bolsillo en una especie de archivo imperfecto que pretende acumular todo el saber mundial. Se generan y consumen contenidos muy rápidamente, pero también se modifican, se recuperan y amplían con gran celeridad, creando un gigantesco archivo en continua elaboración y revisión, con unos niveles de accesibilidad hasta ahora desconocidos. La propia configuración del espacio urbano que habitamos se ha fragmentado en múltiples estructuras difíciles de abarcar. Esa inabarcabilidad del espacio urbano se asemeja bastante a la percepción que tenemos de nuestra realidad y evidencia cierta incapacidad para aprehender los procesos de formación de esa imagen de realidad. Creamos una estructura tan complicada que somos incapaces de pensarla en su totalidad. Perdemos la habilidad para entender y manejar con efectividad nuestras propias creaciones. Manejamos más información de la que somos capaces de abarcar de forma autónoma y por tanto no podemos atrapar la complejidad de cuanto nos rodea de forma individual. Necesitamos nuevas formas de aprendizaje y colaboración, tal vez activar procesos de inteligencia colectiva, para desempeñar cualquier tarea o desarrollar cualquier aspecto específico de nuestra personalidad.

No disponemos de forma individual de capacidad, tiempo, ni memoria, para abarcar

todo el Sistema. Los investigadores nos advierten, el ser humano tiene una capacidad de memoria de trabajo que se limita a recordar cuatro cosas, nada más, aunque podemos utilizar trucos como repetir algo muchas veces, o agrupar cosas. Por eso dibujamos mapas, aun imperfectos, que nos guíen.

Los humanos crean un número infinito de comunicaciones a partir de un número finito de elementos, por ejemplo a través de esquemas o mapas conceptuales. La representación de dicha capacidad es lo que se conoce como lengua, es decir el código. Una definición convencional de lengua es la de "signos lingüísticos que sirve a los miembros de una comunidad de hablantes para comunicarse".

Estamos construyendo nuevas unidades de intercambio, con sentido de propiedad, peculiaridad e idiosincrasia, una nueva realidad cartográfica a través de mapas lingüísticos, de la lengua. El lenguaje humano estructurado, se torna el epicentro y base de un nuevo escenario donde esta capacidad tan extraordinaria que hemos desarrollado los seres humanos adquiere una importancia y una relevancia fundamental a la hora de establecer nuevas jerarquías de comunicación, posicionar y ordenar el conocimiento en relación a nuestra capacidad para interpretarlo. Una lengua que hace fluir significados de diferente signo a través de una nueva geografía propia tejida a base de redes y conexiones multidireccionales.